

# Del ocio al neg-ocio... y otra vez al ocio

Gaspar Rul-lán Buades

## Resumen

---

A través de la historia del pensamiento social se analiza el binomio ocio/neg-ocio en términos de actividad y tiempo.

**Palabras clave:** ocio, negocio, pensamiento social, tiempo de ocio, tiempo de trabajo.

**Abstract.** *From leisure to business... and back to leisure*

---

Through the history of social thought the dicotomic relationship between leisure and business is analysed in terms of activity and use of time.

**Key words:** leisure, business, social thought, leisure time, work time.

---

## Sumario

- |                                 |   |
|---------------------------------|---|
| 1. Lo que no es el ocio         | 5. Se cierra el círculo. Otra vez del negocio al ocio |
| 2. Lo que es el ocio            |   |
| 3. Tránsito del ocio al negocio | 6. Educar para el ocio                                |
| 4. Los utópicos del ocio        | Bibliografía  |

Todos los hombres, hermano Galion —escribe nuestro compatriota Séneca— quieren vivir felices?, pero al ir a descubrir lo que hace a la vida feliz van a tientas; y no es fácil conseguir la felicidad en la vida, ya que se aleja uno tanto más de ella cuanto más afanosamente la busque, si ha errado el camino. Hay que determinar, pues, primero lo que apetecemos; luego se ha de considerar por donde podemos avanzar hacia ello más rápidamente y, finalmente, veremos por el camino, siempre que sea el bueno, cuanto se adelanta cada día y cuanto nos acercamos a aquello a que nos impulsa un deseo natural: el deseo de la felicidad<sup>1</sup>.

1. SÉNECA (1991). *De la felicidad*, p. 227.

El fin del hombre en este maravilloso mundo, que algunos pesimistas han querido llamar «Valle de Lágrimas», es ser feliz. Para Aristóteles toda reflexión moral no es más que una búsqueda del significado de la felicidad, pues el fin último del hombre es ser feliz, de ahí su *Ética Eudemia*<sup>2</sup> (ευδαιμονία = 'felicidad'). Pero si el fin del hombre es ser feliz, toda la educación debería estar encaminada a ayudar a los hombres a buscar y encontrar esta felicidad. Pero, no es fácil educar para la felicidad si no se sabe con certeza dónde está la felicidad o qué es ser feliz. Más de un educador, padre o maestro, se habrá preguntado con temor y temblor si ha cumplido con su deber de enseñar a los jóvenes a ser felices o, al menos, si los ha puesto en el camino correcto para que encuentren esta felicidad o si, por el contrario, como dice Séneca, los ha puesto en un falso camino, de manera que cuanto más avanzan en este camino aprendido, más lejos se encuentran de la felicidad.

Y quizás más de uno de estos educadores tendrá que admitir que, de alguna manera, ha fallado a los jóvenes de cuya educación era responsable, pues les ha estado engañando impartiendo una educación totalmente falsa; una educación que sólo enseñaba a negar algo fundamental en la vida del hombre; algo que los clásicos consideraban la fuente de toda felicidad; les ha enseñado solamente a negar el ocio (el *neg-ocio*), sin decirles nada sobre cómo disfrutar del *ocio*, olvidándose de recordarles que, después de todo, la base de toda vida feliz está, precisamente, en la capacidad del hombre para emplear debidamente el ocio.

En este nuestro mundo de mercaderes, lo importante en la educación formal de la escuela y la universidad, o la informal de la familia y la sociedad, es enseñar a negar el ocio, a hacer *neg-ocio*, produciendo, comprando y vendiendo. Pero, ¿de qué servirán a nuestros jóvenes «tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas» en el *neg-ocio*, si al final todos sus esfuerzos terminan en una terrible quiebra de lo único que importa que es la felicidad?

Pero empecemos removiendo malos entendidos explicando claramente lo que *no es* y lo que *es* el ocio, para pasar seguidamente a analizar el extraño fenómeno de porqué algo como el ocio, que en un principio se consideró una virtud vino, poco a poco, a considerarse en un vicio, y el hombre ocioso, que era considerado el hombre libre y virtuoso, vino a convertirse en pecador, mientras que la negación del ocio (el *neg-ocio*), que era la condición propia de los esclavos, vino a convertirse en casi la única ocupación del hoy llamado hombre libre. Finalmente, veamos como en nuestros días el círculo se cierra y volvemos, aunque muy a regañadientes, del *neg-ocio* al ocio. Un ocio involuntario que todavía consideramos una tragedia, pero que hemos de aprender a transformar en un ocio voluntario, fuente de felicidad. Educar para el ocio es hoy, y será en el futuro, el gran reto para todo educador.

2. ARISTÓTELES (1988). *Ética Eudemia*.

## 1. Lo que no es el ocio

Ante todo hay que decir que «ocio» no es ni re-creo, ni des-canso, ni tiempo libre, ni perder el tiempo haciendo nada.

En nuestra cultura del trabajo, donde se vive para trabajar, de manera que cuando no se trabaja produciendo se considera que se pierde el tiempo, el ocio se define como aquel estado de inactividad que sigue al trabajo y que nos prepara para seguir trabajando. Lo importante es el trabajo, y el ocio es sólo un medio para reponer las fuerzas y poder seguir trabajando. Si el trabajo nos «destruye», el ocio nos «re-crea»; si el trabajo nos cansa, el ocio nos des-cansa (destruyendo nuestro cansancio), de manera que re-creados y des-cansados podamos seguir trabajando. Nos damos al ocio únicamente porque no podemos trabajar continuamente. En este nuestro mundo que llamamos civilizado, el hombre es visto como una máquina cuyo fin es trabajar y, también como las máquinas, necesita, de cuando en cuando, pararse para someterse a una revisión de mantenimiento y una recarga de sus baterías o sus depósitos de combustible, lo que hace con el ocio.

Hoy, se lee un libro, si es que se lee, se oye música, si es que se oye, se pasea por el campo, si es que lo hacemos, se juega, se toca la guitarra o se charla con un amigo, si es que lo hacemos, no como algo que tiene un valor en sí mismo, sino como un mero instrumento que me permita alcanzar el fin deseado, el fin supremo de poder trabajar más y más. No se trabaja para poder disfrutar del ocio, sino, por el contrario, se tiene ocio para poder trabajar más y más.

Ocio tampoco no puede identificarse con mero «tiempo libre». Pues este mismo concepto de «tiempo libre» ya supone una división del tiempo entre tiempo para trabajar y tiempo libre de trabajo, y vuelve a relacionar el ocio con el trabajo, el ocio con el ne-gocio: se trabaja, y se está libre de trabajo para descansar y poder seguir trabajando.

Ocio tampoco es «estar sin hacer nada» o «perder el tiempo». La vida es actividad y la muerte es precisamente la falta de actividad. El estar sin hacer nada no es ser feliz en la ociosidad sino estar muerto. El ocio es una actividad, una actividad que no busca nada fuera de sí misma, una actividad que es un fin en sí mismo. Contestando a aquéllos que identificaban la felicidad con el «hacer nada» Aristóteles les contesta: «En cuanto a lo de alabar más la inactividad que la acción, tampoco se ajusta a la verdad, ya que la felicidad es actividad»<sup>3</sup>. Pero, cuidado, la vida es actividad, pero no necesariamente actividad productiva. También hay, aunque parezca una contradicción, una actividad ociosa. «La vida es acción, no producción», dice el filósofo<sup>4</sup>.

Estas concepciones del ocio que hoy tenemos como recreo o descanso, como tiempo libre o el no hacer nada, son realmente corrupciones del verda-

3. ARISTÓTELES. *Política*, p. 1251.

4. ARISTÓTELES. *Política*, p. 1254a.

dero significado del ocio, que no tienen nada que ver con la virtud del ocio como base de la felicidad, como veremos inmediatamente.

## 2. Lo que es el ocio

Para los antiguos griegos, inventores de este concepto del ocio, el ocio no era un mero medio para poder seguir trabajando, el ocio era un fin en sí mismo, era el objetivo de una vida feliz. Es interesante ver que la palabra griega para, «ocio» es la misma que nosotros usamos hoy en español para «escuela». En griego σχολή (*sjolê*) significa 'ocio', pero también 'paz', 'tranquilidad', 'estudio', 'escuela'. Mientras que si se le añade la partícula «a» negativa ασχολία (*asjolia*), el no-ocio significa 'ocupación', 'trabajo', 'negocio'. Para nosotros el ocio como «tiempo libre» significa un tiempo libre entre dos trabajos, pues entendemos que lo normal es trabajar; para los griegos lo ideal era darse al ocio y no tener que trabajar. Para ellos lo importante era el ocio, y lo menos importante el trabajo. «La naturaleza misma —dice Aristóteles— busca no sólo el trabajar correctamente, sino también la capacidad de gozar bien del ocio. Este es, por repetirlo una vez más, el fundamento de todo. En efecto, si ambos [trabajo y ocio] son necesarios, el ocio es preferible al trabajo, y así hemos de aprender a qué debemos dedicar nuestro ocio»<sup>5</sup>.

Un ocio que los griegos identificaban con la «Theorein» la teoría, el ejercicio de la facultad especulativa, la contemplación, la búsqueda de la verdad por sí mismo. Para la Grecia clásica el ocio se identifica con la contemplación, y contemplar es mirar el mundo y lo que nos rodea y disfrutar de su belleza sin pretender imponerle nada; contemplar es disfrutar viendo unos niños jugando; contemplar es dejarse llenar de la paz de un atardecer en el monte; contemplar es disfrutar conversando con un amigo; contemplar es mirar en silencio a la cara de un ser amado. Platón dice que contemplar es «levantar los ojos del alma y clavarlos en aquello que da luz a todas las cosas»<sup>6</sup>. Sólo en la contemplación, decía el filósofo, podrán descubrirse la esencia de lo bueno y lo malo; sólo en la callada contemplación se puede encontrar la verdad. Contemplar supone la capacidad de asombrarse y «por el asombro, dice Aristóteles en su *Metafísica*, comenzaron los hombres a filosofar»<sup>7</sup>, a ser ociosos, a ser virtuosos, a ser felices.

A Aristóteles le gustaba intentar resolver aparentes contradicciones e insolubles dilemas. En la obra *Política* se plantea dos de estos problemas: uno, la relación entre el individuo y el grupo, y dos, la relación entre el ocio y el negocio.

Las respuestas a estos dos dilemas están íntimamente relacionadas. Ante todo Aristóteles afirma categóricamente que el hombre por sí solo no puede nada. El hombre para ser verdaderamente hombre ha de vivir con otros

5. ARISTÓTELES. *Política*, p. 1337b.

6. PLATÓN. *La República*, p. 352.

7. ARISTÓTELES (1990). *Metafísica*, p. 40.

hombres. Está claro, dice Aristóteles, que el hombre es por naturaleza un animal cívico (*zoon politikon*), es decir miembro de una ciudad, como es un animal político como miembro de la polis. «El que dice no poder vivir en sociedad o no necesitar a los otros hombres está claro que es una bestia o un dios»<sup>8</sup>. Por lo tanto, la actividad fundamental del hombre libre es la dedicación a la vida ciudadana, su fin el portarse como un perfecto ciudadano.

Pero para practicar las virtudes cívicas se necesita ocio; «la *sjolé*» es la base de la libertad y de la ciudadanía. Ahora bien, aquí surge un problema serio, pues el que quiere ser un buen ciudadano se encuentra con la inevitable necesidad de trabajar para cubrir las necesidades básicas de la vida. O sea que para ser un buen ciudadano se necesita ocio, pero para poder disfrutar del ocio se necesita trabajar, negando el ocio y dándose al negocio. «Pues —dice sabiamente Aristóteles— sin las cosas necesarias es imposible tanto vivir como bien vivir»<sup>9</sup>. Disponer de ocio es la base del placer, de la felicidad y de la vida dichosa. Pero no pueden disfrutar del ocio los que están todo el día trabajando, especialmente no está al alcance de aquéllos que se dedican «a un trabajo, oficio o aprendizaje embrutecedor que deja incapacitado el cuerpo, el alma y la inteligencia de los hombres libres para dedicarse a la práctica y ejercicio de la virtud»<sup>10</sup>.

Ante esta aparentemente insoluble disyuntiva entre el ocio y el trabajo, Aristóteles sugiere tres posibles soluciones, y después de examinarlas, rechaza las dos primeras y se queda con la tercera.

La primera solución sería combinar el ocio y el negocio. Pero Aristóteles no lo ve posible, pues, según él, aquellos trabajadores que se ven obligados a una faena absorbente y dura, como es la necesaria para subsistir por sus propios medios, quedan marginados de esta auténtica realización humana, al embrutecerse en su típica *banausía* (βαναυσία = 'trabajo manual'). E igualmente quedan al margen los artesanos y los comerciantes, que se ocupan constantemente de sus negocios y su dinero, faltos de libertad de espíritu, para disfrutar del ocio.

La segunda solución que propone Aristóteles y que en su tiempo, hace más de dos mil años, parecía absurda, es que el trabajo lo hagan las máquinas y el hombre se dé al ocio. «Pues si cada uno de los instrumentos pudiera realizar por sí mismo su trabajo —escribe en la *Política*— cuando recibieran órdenes de tal modo que las lanzaderas tejieran por sí solas y los plectros tocaran la cítara, para nada necesitarían ni los maestros a sus sirvientes ni los amos a sus esclavos»<sup>11</sup> y todos se podrían dedicar al ocio.

Pero como ninguna de estas dos soluciones parecen posibles, Aristóteles se ve forzado a aceptar la tercera: que haya unos hombres que se dediquen a tra-

8. ARISTÓTELES. *Política*, p. 1253a.

9. ARISTÓTELES. *Política*, p. 1253b.

10. ARISTÓTELES. *Política*, p. 1337b.

11. ARISTÓTELES. *Política*, p. 1254a.

bajar y otros que se dediquen al ocio. De ahí su defensa de la esclavitud, defensa que hoy nos escandaliza, olvidándonos de que todavía hoy hay muchos hombres de tal manera dedicados al trabajo que tienen muy poco tiempo para el ocio, mientras que hay unos pocos que sin trabajar disfrutan del mismo. Como escribió hace unos años Marcuse: «La sociedad todavía está organizada de tal modo que procurarse las necesidades de la vida constituye la ocupación de tiempo completo y permanente de clases sociales específicas, que no son, por tanto, libres y están impedidas de una existencia humana»<sup>12</sup>. Hoy también unos muchos trabajan para que unos pocos disfruten del ocio.

### 3. Tránsito del ocio al negocio

#### a) Séneca

Si en Grecia Aristóteles y Platón desarrollaron el concepto de ocio, en Roma nuestro compatriota Séneca le dio un contenido más práctico, y con él se inició el paso del ocio al neg-ocio. En un pequeño tratado que nos ha llegado muy mutilado, llamado precisamente *Sobre el ocio*, encontramos algunas pequeñas joyas sobre la materia. Séneca, primero de todo, nos da dos razones importantes para dedicarse al ocio contemplativo y luego matiza la importancia de esta virtud con la necesidad de compaginarla con el negocio.

El ocio es necesario, dice nuestro compatriota, para que alguien pueda entregarse desde su infancia a la contemplación de la verdad, buscar la razón de vivir y practicarla aislado. Luego continúa explicando cómo la contemplación es la forma más natural de vivir: «La naturaleza nos concedió un carácter curioso y consciente de su habilidad y de su belleza, nos engendró como espectadores de un magno espectáculo [...] Para que te des cuenta de que la naturaleza quiso que se la contemplara, no solo que se la mirara: nos colocó en su parte central y nos concedió una visión panorámica de todo; y no solo irguió al hombre, sino que con la intención de hacerlo apto para la contemplación, para que pudiera seguir los astros que se deslizan desde el orto hasta el ocaso, y llevar su rostro en torno al todo, hizo que su cabeza fuera lo más elevado y la colocó sobre un cuello flexible [...] Por eso vivo según la naturaleza si me entrego a ella por completo, y soy su admirador y venerador»<sup>13</sup>.

Pero hay otra razón importante para entregarse al ocio. Somos, en general, viene a decir Séneca, como borregos siguiendo lo que dicen los otros y haciendo lo que hacen los otros: «Pues estamos pendientes por entero de las opiniones ajenas y nos parece excelente lo que cuenta con muchos seguidores y ensalzadores, no lo que es digno de ensalzar y seguir, y no valoramos la bondad o maldad del camino por sí mismos, sino por la multitud de huellas que

12. MARCUSE (1968), p. 93.

13. SÉNECA (1991). *Sobre el ocio*, p. 269.

vemos»<sup>14</sup>. Pero no porque todo el mundo lo diga, una cosa es verdad, ni porque todo el mundo haga una cosa, es ésta buena. Para poder discernir lo bueno y verdadero de lo malo y falso, el hombre necesita separarse por un momento de los otros hombres y de todas sus actividades y sólo y en silencio reflexionar sobre su vida y el curso que debe seguir, y esto se alcanza con el ocio. «Sólo con el ocio seremos capaces de elegir un modelo digno al que encaminar la vida —dice Séneca—, sólo en el ocio puedes avanzar en la vida según pautas uniformes y coherentes [...] la vida que desgarramos con propósitos enfrentados»<sup>15</sup>.

Pero Séneca ya da un paso hacia delante y ve a la contemplación ociosa como algo sublime pero no único. Para el ilustre cordobés la contemplación ha de ir acompañada de la acción: «La naturaleza ha querido que yo haga las dos cosas: actuar y entregarme a la contemplación. Hago las dos cosas, puesto que tampoco la contemplación existe sin la acción». Para Séneca tan malo es «entregarse a la contemplación por placer, no exigiéndole más que la constante contemplación sin condiciones: pues es dulce y tiene sus atractivos», como es malo trabajar constantemente, estando siempre inquieto y nunca tomando el tiempo para elevar tu mirada de lo humano a lo divino: «Es muy poco aceptable el apetecer sólo las cosas materiales sin ningún amor a las virtudes ni cuidado del carácter y actuar sin más, pero del mismo modo es un bien imperfecto dedicarse al ocio sin actuar, sin mostrar nunca lo que ha aprendido. ¿Quién dice que no se debe poner a prueba en la práctica los progresos conseguidos, y no solo pensar en lo que hay que hacer, sino también alguna vez echar una mano y convertir en realidad lo que se ha pensado?». Y termina diciendo: «¿con qué disposición se refugia el sabio en el ocio contemplativo? Para saber que también él está destinado a hacer cosas útiles a la posteridad». Y mencionando a varios sabios de su época Séneca dice: «Esas mismas personas no pasaron su vida en la inactividad, encontraron el medio de que su reposo fuese más útil a los hombres que el ir y venir y las fatigas de otros»<sup>16</sup>.

### *b) Cristianismo*

La llegada del cristianismo supuso una revolución en los conceptos de contemplación y trabajo, dando un paso enorme hacia la valorización de la acción (del negocio) en detrimento, a largo plazo, de la contemplación (del ocio). Para el cristiano, la contemplación deja de ser un bien en sí mismo para convertirse en un mero instrumento para alcanzar a Dios. Lo importante ya no es la contemplación en sí, sino el objeto de la contemplación: Dios. El contemplativo griego miraba los campos y se admiraba de su belleza, el contem-

14. SÉNECA (1991). *Sobre el ocio*, p. 265.

15. SÉNECA (1991). *Sobre el ocio*, p. 265.

16. SÉNECA (1991). *Sobre el ocio*, p. 265-266.

plativo cristiano no sólo miraba los campos sino que también buscaba en ellos la figura del Amado:

¿A dónde te escondiste  
Amado, y me dejastes con gemido?

preguntará el gran contemplativo San Juan de la Cruz a las criaturas que contempla, y mientras los campos de la Hellás estaban como dormidos en su belleza, los campos del cristiano contestan al que pregunta:

Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura  
y, yéndolos mirando  
con solo su figura  
vestidos los dejó de su hermosura<sup>17</sup>.

Pero si la contemplación cambió de sentido, el trabajo, con el cristianismo, se llenó de sentido. Y una actividad vacía de todo valor y despreciada en la antigüedad, se convirtió en algo positivo y deseado. En el Antiguo Testamento el trabajo tiene un doble sentido: por una parte es un castigo por el pecado original: «¿trabajarás con el sudor de tu frente», pero por otra es un mandato positivo: «creced y multiplicaos y dominad la tierra»<sup>18</sup>. En el Nuevo Testamento, la idea de la encarnación de Dios da valor a este mundo y a las actividades que se desarrollan en el mismo. El trabajo vuelve a tomar un doble sentido: un sentido positivo como participación en la actividad creadora de Dios, y un sentido negativo ascético en cuanto que el trabajo, como actividad desagradable y dura, redime de los pecados: con estas ideas el trabajo empieza a tener un valor en sí mismo. La actividad es tan importante como la contemplación, el ocio y el negocio empiezan a equipararse.

El pasaje del Evangelio en que Jesús habla con las hermanas Marta y María sirve para iniciar los debates sobre si es mejor la vida contemplativa de María o la vida activa de Marta, y aunque los padres de la Iglesia se inclinan por la vida contemplativa de María «María ha escogido la mejor parte»<sup>19</sup>, dice Jesús, no desechan la actividad de Marta. Y san Pablo, después de amonestar a sus seguidores de que se aparten del que vive ocioso («alejaos de todo hermano que viva ociosamente, en contra de las enseñanzas que habéis recibido de nosotros»<sup>20</sup>) se vanagloria de que no es una carga a las primitivas comunidades cristianas pues, como dice, se gana su sustento trabajando («no comimos ociosamente entre vosotros, ni comimos gratis el pan de nadie, sino que, con sudor y fatiga, trabajábamos de noche y día para no resultar gravosos a nin-

17. CRUZ, Juan DE LA (1991). p. 132.

18. Génesis, 1:28 y 3:17.

19. Evangelio de san Lucas, 10:42).

20. II Tesalonicenses, 3:7.



guno de vosotros»<sup>21</sup>) y termina su exhortación al trabajo con su famoso «el que no trabaja que no coma»<sup>22</sup>.

El siglo IV vio la aparición de la vida monástica (μόνος *monos* = 'solo', 'aislado', 'separado', 'apartado'). El tipo de vida contemplativa todavía se consideraba superior, y así los padres del desierto abandonaron toda actividad y apartándose, alejándose (αναχωρεο *anajoreo*) del bullicio de las ciudades se fueron a un lugar solitario (ερημια *eremia* = 'ermitaño') para darse a una vida de oración y penitencia, cubriendo sus necesidades básicas por medio de la limosna. Pero si al principio cada uno de estos eremitas buscaba por separado a Dios en la contemplación, en el año 346 Pacomio reúne a un grupo de eremitas y crea la primera comunidad de monjes o cenobio. Naturalmente, el hecho de vivir en comunidad ya exige una cierta organización y una cierta división del tiempo, además de darse a la contemplación han de trabajar algo su huerto para poder cubrir sus necesidades. Finalmente, en el siglo VI (a.547) san Benito inicia una profunda reforma del monacato en Occidente, estableciendo su Regla cuya norma fundamental es «Ora et labora» ('Reza y trabaja'), dedícate al ocio de la oración y al negocio del trabajo.

Aquí hay que hacer dos matizaciones interesantes. Primero, que la contemplación seguía siendo lo más importante La campana del monasterio dividía las horas entre oración y trabajo, pero lo más importante era la oración, y sólo para descansar de ella se trabajaba un poco. La segunda consideración que muestra que todavía se mantenía la superioridad del ocio sobre el negocio, la contemplación sobre el trabajo es ésta. Aristóteles, como hemos visto, justificaba la existencia de esclavos para que éstos pudiesen hacer los trabajos necesarios, liberando a los amos para dedicarse a la contemplación. En los monasterios también se sintió la necesidad de crear una clase de monjes que se dedicase casi exclusivamente a los trabajos manuales (al negocio), liberando de esta manera a los otros monjes para que se dedicasen a la contemplación (al ocio) y a los trabajos más intelectuales, y así nació el hermano lego o hermano coadjutor

En la Edad Media el trabajo ya es aceptado pero todavía en un lugar secundario y subordinado. La exaltación del trabajo por encima de la contemplación vendrá con el Renacimiento y la reforma protestante.

### c) *Renacimiento*

El Renacimiento podría definirse como el tránsito de la contemplación a la curiosidad. El hombre renacentista es, ante todo, un humanista; ha redescubierto al hombre y su dignidad, fuerza e inteligencia y ya no se satisface con el mero sentimiento de asombro ante una salida de sol o el nacimiento de un polluelo o el brote de una flor o la caída de la nieve; quiere saber el porqué de

21. II Tesalonicenses, 3:8.

22. II Tesalonicenses, 3:10.

estas cosas. Al hombre del siglo xv no le basta contemplar una noche estrellada quiere, ¡oh herejía!, descubrir las leyes que regulan el movimiento de los astros. Pero su audacia y osadía va más allá, y sintiéndose fuerte y poderoso quiere dominar la Tierra para ponerla a su servicio, quiere cruzar los mares y ver qué hay más allá del horizonte, quiere saber por qué caen los cuerpos y vuela la cometa. Copérnico, Galileo, Kepler, Newton, no están satisfechos contemplando embelesados la belleza de la dama universo, sino que quieren desmenuarla y descubrir sus más íntimos secretos.

En el Renacimiento un nuevo sentimiento aparece: la grandeza del hombre, su divinidad, no está tanto en su capacidad de contemplación, como en su capacidad para descubrir las causas de lo que ve y su habilidad para someterlo doblegándolo a su voluntad. Ya no se contempla la naturaleza, sino que se la mira y se la examina para poderla dominar con el trabajo. El hombre con sus manos y herramientas deja atrás al animal y se acerca a su más alto espíritu. El trabajador manual ya no es despreciado sino que es considerado un artista: un arte-sano.

#### d) *El protestantismo*

El protestantismo dio un impulso tremendo a la exaltación del trabajo sobre la vida contemplativa, el negocio sobre el ocio, al rechazar la distinción común en la Iglesia católica entre «preceptos» y «consejos». Las paredes que rodeaban a los monasterios no eran sólo límites a la propiedad de los monjes, sino también fronteras que separaban dos modos de vivir el cristianismo: dentro de los muros, contemplando, la vida de perfección; fuera de los muros, trabajando, la vida ordinaria. Los que vivían dentro de los muros intentaban seguir los consejos evangélicos; pero a los que vivían fuera de los muros de los monasterios sólo se les exigía seguir los preceptos. El protestantismo rechazó esta distinción entre vida de perfección y vida ordinaria. Para la Iglesia reformada sólo había una forma de santificación a la que estaban llamados por igual todos los cristianos, y ésta era: el perfecto cumplimiento de los deberes que a cada cual impone la posición que ocupa en la vida, y que, por tanto, se convierte para él en «profesión», en un «calling», una verdadera vocación. Con ello el reformista Lutero hace desaparecer la distinción entre contemplación y acción, entre ocio y negocio. Y en esta misma época el contrarreformista Ignacio de Loyola presentará el ideal del jesuita como el de un: contemplativo en la acción.

Pero el protestantismo, con Calvino, irá todavía más lejos en la exaltación del negocio sobre el ocio. Según Max Weber, en su conocido libro sobre *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, la idea de la predestinación fue otro elemento esencial para la máxima valoración del trabajo. «El ejercicio de una determinada profesión concreta —escribe Max Weber— constituye como un mandamiento que Dios dirige a cada uno, obligándole a permanecer en la situación y estado en que lo ha colocado Dios, en su divina providencia, una vez para siempre, y contener dentro de estos límites todas sus aspiraciones y

esfuerzos en este mundo»<sup>23</sup>. Doctrina, por cierto, muy parecida a la del Karma determinista del hinduismo.

Para Calvino el número de los elegidos para salvarse ya estaba determinado desde la eternidad, por tanto, la gran preocupación, la gran angustia del cristiano era saber si él se contaba entre los elegidos. El cristiano necesitaba tener una prueba tangible de haber sido elegido por Dios. Y esta prueba la encontró en el éxito en el ejercicio de su profesión. El éxito en los negocios se convirtió en signo seguro de predestinación. Dios bendice a los suyos dándoles éxito en su trabajo. Por tanto, cuanto más trabajabas más rico te hacías, y cuanto más rico te hacías más clara era la señal de que Dios te amaba y te había elegido.

Mientras el católico, pensando en el más allá, veía este mundo como una posada incómoda, como decía santa Teresa, un mero tránsito para llegar al cielo, y, por tanto, utilizaba este mundo, bien a través de la contemplación para descubrir a Dios, bien a través del trabajo para purgar sus pecados, los calvinistas veían ya en este mundo la realización de la predestinación divina a través del trabajo. Con el calvinismo se dio la vuelta completa y lo que antes era casi despreciado, el negocio, se convirtió en el máximo valor moral, mientras que lo que era exaltado antiguamente, el ocio, se convirtió en el gran pecado. «Dios nos ha creado para trabajar —decía un texto calvinista— y es por el trabajo que Dios es honrado y glorificado»<sup>24</sup> y otro texto decía «Ten en gran estima el tiempo y asegúrate de que no pierdes nada de tu tiempo. Lucha contra la tentación de perder el tiempo (estar ocioso) con recreos, fiestas, charlas, vida social incluso en dedicar al sueño más tiempo del absolutamente necesario»<sup>25</sup>. El tiempo es infinitamente valioso, puesto que toda hora perdida es una hora que se roba al trabajo, que es lo único que da gloria a Dios.

El trabajo duro y continuado es el mejor remedio contra todas las tentaciones. Aun los ricos tienen que trabajar pues Dios nos ha creado para eso, para trabajar. Todavía otro autor calvinista llega a decir: «no se trabaja porque se vive, sino que se vive por el trabajo, y cuando no se trabaja, se perece o se duerme» y más adelante «sentir disgusto en el trabajo es prueba de que falta la gracia de Dios»<sup>26</sup>. El deporte y otras actividades recreativas, el ocio en general, era aceptado sólo y exclusivamente si servían para reponer las fuerzas para poder seguir trabajando, pero era de todo punto reprochable si se buscaba para el puro goce. Como dice Max Weber, esta filosofía mataba todo posible goce vital y convertía al hombre en una máquina de hacer dinero a la mayor gloria de Dios. Dinero que no podía utilizarse para nada que no fuese cubrir las necesidades básicas del hambre y el resto invertirlo para hacer más dinero. Ésta es la imagen que Sombart nos da del «burgués»<sup>27</sup>: un hombre que dedica todas sus energías al trabajo para hacer dinero, viviendo al mismo tiempo una

23. WEBER (1979), p. 88-99.

24. WEBER (1979), p. 217.

25. WEBER (1979), p. 213.

26. WEBER (1979), p. 218.

27. SOMBART (1982).

vida tremendamente austera. Esta moral protestante por una parte predicaba una vida austera y ajena a todo lujo, pero, al mismo tiempo, rompía todos los frenos al afán de acumular riquezas, rompía las cadenas del afán de lucro desde el momento que no sólo lo legalizaba, sino que lo consideraba como un precepto divino. «Trabajad y haceos ricos», esta era la voluntad del Dios de Calvino y de los puritanos norteamericanos, uno de los cuales, Benjamin Franklin, inventó además del pararrayos el famoso dicho, «el tiempo es oro», es decir, el tiempo sólo sirve para hacer negocio y acumular oro para poder hacer más negocios.

Es interesante que al menos en una cosa, aunque por razones distintas, marxistas, liberales y católicos han estado siempre de acuerdo y esto es en la exaltación casi idolátrica del trabajo y el menosprecio y casi olvido total del valor del ocio. Marx habla del trabajo como única fuente de valor; el capitalista liberal habla del trabajo como instrumento para aumentar la producción, la competitividad y los beneficios; y los papas hablan en sus encíclicas del valor divino y humano del trabajo<sup>28</sup>. Y todo esto está muy bien, pero yo me pregunto: ¿quién nos hablará del valor humano del ocio, de la alegría de vivir, de la risa y del juego? Parecemos el viejo monje de la novela *El nombre de la rosa*<sup>29</sup> para quién el peor pecado era reír. Pero esto tendrá que cambiar y tendremos todos, marxistas, capitalistas y cristianos, que volver a descubrir el significado y el valor del ocio, de manera que no sólo no lo rechacemos y lo toleremos, sino que también lo busquemos como algo positivo.

#### 4. Los utópicos del ocio

Es cierto que ya de siempre se oyeron voces contrarias a esta exaltación fanática del trabajo, pero los llamaron y les siguen llamando *utópicos*. En 1516, precisamente un año antes de que Lutero rompiera con Roma presentando sus 95 tesis, Tomás Moro publicaba el primer libro de su obra en la que describe un país llamado precisamente Utopía, en el que sus habitantes «dividen el día y la noche en veinticuatro horas justas, dedicando y asignando sólo seis horas al trabajo. Todo el tiempo libre de que disponen entre las horas de trabajo, sueño y comida, cada hombre es autorizado a distribuirlo como mejor guste [...] dedicando el tiempo bien y provechosamente en cualquier otro que hacer que les plazca y que tienden a la libertad y al cultivo de la inteligencia: dedicación a las letras, música, conversación y juegos instructivos»<sup>30</sup>.

Tomás Moro, con un verdadero sentido práctico, ni desprecia el ocio ni mistifica el negocio, sino que afirma que si todo el mundo trabajase bien, se necesitarían muy pocas horas de trabajo para satisfacer las necesidades del buen vivir de todos los ciudadanos, dejando también para todos mucho tiempo para

28. Ver, por ejemplo, la encíclica «*Laborem Exercens*» de Juan Pablo II en Iribarren y Gutiérrez (ed.) (1986), p. 527.

29. ECO, U. (1988).

30. MORO, T. (1985), p. 129.

el ocio. El trabajo (el negocio) es un principio igualitario al que todos se someten para que todos, y no sólo unas élites, puedan disfrutar del ocio, que es lo verdaderamente importante.

Quizá pensaréis —dice— que trabajando sólo seis horas diarias faltarán muchas cosas a la comunidad. Pero no es así en absoluto, pues este corto tiempo es no solo suficiente sino excesivo para la provisión y abundancia de todas las cosas que se requieren tanto para la necesidad como para la comodidad de la vida, cosa que vos percibiréis si sospesáis y consideráis cuan abundante proporción de gente vive sin trabajar en todos los países. Primero casi todas las mujeres que son la mitad del número total [...] Además —dice el que será un día cano-nizado— ¿cuán abundante y cuantiosa es la comitiva de los llamados sacerdotes y religiosos que no trabajan? Añadid a ellos todos los ricos, especialmente todos los latifundistas que comúnmente son llamados gentilhombres y nobles, poned en este número además a sus criados, quiero decir a todo aquel rebaño de indómidos fanfarrones y matachines. Unid a ellos además a los mendigos robustos y fuertes que embozan su vida ociosa so color de algún mal o enfermedad [...] Pero si todos los que ahora están ocupados en trabajos inútiles con toda la caterva de los que viven ociosos y en la pereza, cada uno de los cuales consume y gasta más cosas producidas por la labor de otros hombres que dos de los mismos trabajadores; si todos estos, digo, fueran obligados a provechosas ocupaciones, fácilmente percibiréis el poco tiempo que sería suficiente, y de sobras, para proporcionarnos todo lo que puede pedirse tanto para la necesidad como para la comodidad o incluso para el placer<sup>31</sup>.

Y esta misma idea de que si todos trabajásemos un poco no sería necesario para cada uno trabajar más de unas pocas horas diarias, la repetirá cuatro siglos más tarde el anarquista Buonarotti al proponer tres horas diarias de trabajo como objetivo a lograr cuando se instaure «La dictadura de los iguales», que acabaría con la ociosidad permanente de unos pocos a costa del trabajo de unos muchos.

La reacción contra la cultura del trabajo y la aspiración por una vida, un paraíso perdido, en la que quepa el ocio se manifiesta una y otra vez en los últimos siglos. Para mencionar algunas: *La città felice* de Parrizi (1553), *Christianopolis* de J.V. Andrae (1619), *Nueva Atlántida* de F. Bacon (1626), *La ciudad del sol* de Tomasso Campanella (1623); el mito del buen salvaje y la felicidad de la vida sencilla en *Télémaque* de Fenelon o las obras de Rousseau, el *Freiland* de Hertzka (1890), que habla de un paraíso perdido en África oriental donde se conjugan capitalismo y socialismo, *News from Nowhweere* de W. Morris (1890), que describe una sociedad en la que las máquinas se ocupan de los trabajos pesados dejando al hombre suficiente tiempo para dedicarse a actividades creadoras y artesanales. *Viaje por Icaria* de Etienne Cabet, en cuya ciudad ideal «las máquinas han sido multiplicadas sin limitación [...] y ellas ejecutan todos los trabajos peligrosos insalubres, desaseados y repug-

31. MORO, T. (1985), p. 130-131.

nantes» y en la que los hombres trabajan unas seis horas «y todavía se les deducirá más si se presentan nuevas máquinas que reemplacen a los operarios»<sup>32</sup>, y el *Walden dos* de S. Kinner (1948), que propone cuatro horas diarias de trabajo.

Para terminar esta larga lista de utópicos que se rebelan contra un mundo que ha exaltado el negocio sobre el ocio, lista que se podría alargar todavía más, mencionaré una obra escrita con intención provocadora como el mismo título muestra, pero que contiene una crítica feroz a la cultura del trabajo, me refiero a la obra de Paul Lafargue que tiene por título nada más y nada menos que *El derecho a la pereza* (1883)<sup>33</sup>. El socialista Lafargue, en una obra anterior, *La organización del trabajo*, reclamaba, como había hecho tres siglos antes Tomás Moro, la conversión de la abundante población improductiva en población útil, con lo que se reduciría substancialmente la jornada laboral: «Cuando toda esta clase de lacayos y de obreros de lujo —escribía— se apliquen a un trabajo útil, no será nada difícil reducir la jornada de trabajo a seis horas»<sup>34</sup>, teniendo así más tiempo todos para el ocio.

En *El derecho a la pereza* de Lafargue ha de entenderse en el contexto histórico de finales del siglo XIX cuando la clase trabajadora empezaba a trabajar a los cinco o seis años, como nos muestra el *Informe* de la Comisión de Reformas Sociales en España, se trabajaba catorce horas diarias, siete días a la semana. En esta situación Lafargue empieza su libro con estas palabras: «Una extraña pasión invade a las clases obreras de los países en que reina la civilización capitalista [...] Esa pasión es el amor al trabajo, el furibundo frenesí del trabajo, llevado hasta el de las fuerzas vitales del individuo y de su progenitura»<sup>35</sup>, y más adelante continúa: «no habrían podido inventar un vicio más degradante para la inteligencia de los niños, más corruptor de sus instintos ni más destructor de su organismo que el trabajo en la atmósfera viciada del taller capitalista [...] Nuestro siglo es el siglo del trabajo, es decir, es el siglo del dolor, de la miseria y de la corrupción»<sup>36</sup>.

La glorificación del trabajo, escribe Lafargue, iniciada de forma sistemática por los pensadores de la Ilustración, tuvo como consecuencia la transformación de toda la sociedad en una sociedad de trabajo, de la que quedaban excluidos como contraproducentes los deseos, los sentimientos y las actividades no productivas. Sólo el que trabajando por un salario produce algo para vender es valorado en nuestra sociedad, de ahí el desprecio a las labores domésticas de la mujer o a los trabajos voluntarios no remunerados. Y es precisamente la glorificación generalizada de las actividades productivas lo que es el blanco del ataque de Lafargue, y así en otra obra suya puede resumir su pensamiento con unas palabras que nos pueden escandalizar pero que contienen

32. CABET, E. (1985).

33. LAFARGUE, P. (1988). *El derecho a la pereza*.

34. LAFARGUE, P. *La organización del trabajo*, p. 102.

35. LAFARGUE, P. (1988). *El derecho a la pereza*, p. 117.

36. LAFARGUE, P. (1988). *El derecho a la pereza*, p. 123-124.

mucho de verdad: «El fin de la revolución es [...] trabajar lo menos posible y disfrutar intelectual y físicamente lo más posible. Al día siguiente de la revolución habrá que empezar a pensar en divertirse»<sup>37</sup>.

Pero Lafargue no es un mero utópico y por eso ofrece para su tiempo unas soluciones que hoy, cien años más tarde, se vuelven a plantear: «la supresión de la temporalidad en la contratación y la mejor distribución del trabajo». «¿Por qué? —pregunta Lafargue— no distribuir el trabajo equitativamente entre los doce meses del año, y obligar a cada obrero a conformarse con seis o cinco horas diarias durante todo el año, en vez de tomar indigestiones de doce horas de trabajo por día durante seis meses [...] Los obreros no han podido llegar a comprender que para que haya trabajo para todos es preciso dividirlo como el agua en un navío en peligro»<sup>38</sup>.

## 5. Se cierra el círculo. Otra vez del negocio al ocio

Alguien ha escrito que las utopías «primeramente se sueñan, algunas veces se escriben, pocas veces se diseñan y casi nunca se construyen». Pues bien, muchas de las propuestas utópicas que hemos mencionado se están realizando ante nuestros propios ojos y, lo que es más triste, contra nuestra voluntad. Queramos o no queramos, las máquinas van realizando cada vez más el trabajo de los hombres, la jornada laboral se va reduciendo y las seis horas de trabajo diarias de la *Utopía* de Tomás Moro o la *Icaria* de Cabet ya son una realidad. Si con la Ilustración y la Revolución Industrial se llegó al paroxismo del trabajo, sustituyendo totalmente el ocio por el negocio, en la nueva sociedad posindustrial tendremos que abandonar otra vez gran parte del negocio para volver al ocio. Pero mientras que en el momento actual, momento de difícil transición, estamos ante un *ocio forzado*, hemos de llegar a un *ocio querido* que nos permita el desarrollo completo de aquella parte de nuestra personalidad que no tiene nada que ver con el trabajo productivo remunerado.

### a) *El ocio forzado*

La cultura del trabajo está en crisis. Para empezar, todo el mundo quiere trabajar y no hay trabajo para todos. Muchos no trabajan, otros alternan períodos de trabajo y de paro, un cada vez mayor número trabaja sólo media jornada. La edad mínima de trabajo va subiendo y la edad de jubilación bajando. (En Europa sólo uno de cada tres habitantes puede trabajar aunque no todos ellos trabajen. Ya dos tercios de la población son clases pasivas: o bien estudian o bien se han jubilado.) Cada vez son menos los que trabajan y los que trabajan, cada vez trabajan menos horas. El problema preocupa a muchos,

37. LAFARGUE, P. *Le Lendemain de la Révolution*. (Textes Chisis, p. 244) citado en la introducción de Manuel Pérez Ledesma en *El derecho a la pereza* (1988), p. 51.

38. LAFARGUE, P. *El derecho a la pereza* (1988), p. 143.

como lo muestra la cantidad de libros que se publican sobre el tema<sup>39</sup>: *Europa a tiempo parcial, La flexibilidad del mercado de trabajo, Análisis de la contratación temporal en España, La flexibilidad del trabajo en Europa, ¿Hacia la reducción de la duración del trabajo? El futuro del trabajo humano, Trabajar menos para trabajar todos.*

Está claro que cada vez se trabajará menos. El paro actual es un problema estructural producido por la contradicción de querer al mismo tiempo aumentar la productividad automatizando o robotizando el proceso productivo, lo que, naturalmente, destruye puestos de trabajo y, al mismo tiempo, querer aumentar hasta el infinito un consumo, para lo cual se necesitan crear más y más puestos de trabajo remunerados. Todo el mundo quiere un empleo remunerado pero una vez alcanzado, para aumentar sus beneficios, quiere aumentar la productividad robotizando el proceso, lo que destruye más puestos de trabajo.

Y el problema del paro, a mi entender, no tiene solución en la manera como los gobiernos lo enfocan, pues se ofrecen soluciones de hace un siglo a situaciones completamente nuevas. Todos los partidos y todos los gobiernos a finales del siglo XX prometen, como si todavía estuviésemos en la Revolución Industrial del siglo XIX, la creación de nuevos puestos de trabajo. Y esto es, simplemente, imposible, pues, por cada puesto de trabajo que creen los gobiernos, las nuevas máquinas destruirán dos, tres, cinco o diez puestos de trabajo. Nos cuesta admitir todavía que en los países desarrollados el trabajo se ha convertido en un bien escaso y que la única solución está en una mejor distribución de este bien, de manera que se trabaje menos para que todos puedan trabajar. Reducir el negocio para aumentar el ocio, éste es nuestro futuro pero esto supone un cambio total de mentalidad. En cuanto se llegue a un acuerdo para dejar que trabajen las máquinas y repartir sentadamente lo que éstas producen, estará solucionado el problema del paro y se trabajará mucho menos.

### *b) El ocio querido*

Hemos dado la vuelta completa, hemos pasado del ocio antiguo al negocio moderno y vamos otra vez al ocio. Pero un ocio que tendrá unas peculiaridades.

Primero, no ha de ser un ocio a costa de otros. Aristóteles justificaba la esclavitud porque los sabios ociosos no podían perder el tiempo trabajando, por tanto tenía que haber algunos hombres que sólo trabajasen para que otros pudiesen darse a la vida de ocio. En la nueva sociedad todos tendrán que trabajar para que todos puedan disfrutar del ocio.

Segundo, no será un ocio de ostentación y búsqueda de prestigio social. No será ocio en el sentido con que Thorstein Veblen<sup>40</sup> hablaba el siglo pasado

39. Ver bibliografía.

40. VEBLEN (1953).



(1899) de la clase ociosa como aquélla que «conserva como marca de prestigio, el desprecio completo a cualquier forma de trabajo utilitario y une a este “ocio conspicuo” un “consumo conspicuo” más allá de lo utilitario y que tiene como función social el aumento del prestigio». Será un ocio creativo que ayude al desarrollo integral de la persona.

Tercero, el ocio querido no será un ocio programado por otros. Con frecuencia, el ocio se prostituye por la llamada *industria del ocio* que lo comercializa. Basta ver un grupo de turistas en París en un viaje organizado. Por la mañana se les lleva al Louvre y pasan como un torbellino por las distintas salas hasta llegar a la Gioconda, a la que rinden pleitesía para salir corriendo al Rive Gauche a ver en el museo d'Orsay a los impresionistas y en media hora saludan a Monet, Degas, Renoir y Cézanne y hasta, a lo mejor, tienen tiempo de hacer un guiño a las malas mujeres de Toulouse-Lautrec. Luego corriendo van a almorzar al Quartier Latin. Por la tarde visitan Notre-Dame y la Sainte Chapelle y alguna calle comercial para hacer unas compras y por la noche van al Moulin Rouge o al Folie Berger. Para volar a la mañana siguiente a Nápoles y recorrer en una semana toda Italia pasando por Roma donde ven al papa, y luego Florencia, Génova, Milán y Venecia y si tienen un día más hacer una visita relámpago a Viena en Austria.

Otro ejemplo de esta prostitución del ocio son las enciclopedias que nadie lee pero sí sirven para adornar un mueble y dar apariencia de cultura a una habitación. ¡La cantidad de libros de bolsillo para leer que se hubiesen podido comprar con el precio de una de esas enciclopedias! Pero nos quieren hacer creer que lo importante no es tanto leer como tener libros.

Cuarto, en el futuro ni será puro ocio como en la antigüedad, ni puro negocio como ahora, sino una armoniosa combinación de los dos. La belleza está en la unidad de la variedad. Pitágoras, que sabía combinar las matemáticas con la filosofía, definía la armonía como «la unidad de las cosas diversas y la concordancia de las discordantes» y su discípulo Heráclito escribía que «de las discordancias surge la más hermosa armonía».

Séneca nos dice que hay tres clases de vida: entre ellas suele buscarse cuál es la mejor: la primera es la entregada al placer, la segunda a la contemplación, la tercera a la acción. Y la respuesta que da Séneca es que: «ni el que da su aprobación al placer existe sin la faceta contemplativa, ni el que se vincula a la contemplación existe sin el placer, ni aquél cuya vida está destinada a la acción sobrevive sin la faceta contemplativa. Una cosa no puede darse sin la otra. Ni el uno se entrega a la contemplación sin actuar, ni el otro actúa sin entregarse a la contemplación»<sup>41</sup>. Entre el *otium* y el *neg-otium* no hay contradicción, por tanto, repite el filósofo, «cuando te canses de uno, acógete al otro».

41. SÉNECA (1991). *Sobre el ocio*, p. 272.

Naturalmente se dirá que hay que darse al negocio y trabajar porque necesitamos dinero. Y es cierto, pero la pregunta es ¿cuánto dinero necesitamos para poder disfrutar del ocio y vivir felices? Hay personas que por mucho dinero que tengan nunca tendrán tiempo para el ocio. Es cuestión de escala de valores. Lo que cada uno valora más. Supongamos que Juan ha conseguido ahorrar dos millones de pesetas y quiere comprarse un coche que necesita para ir a trabajar. Juan puede hacer tres cosas: pedir un préstamo adicional de un millón de pesetas y comprarse un coche de tres millones, lo que quizás satisficará su vanidad y le dejará endeudado; o puede comprar un coche de dos millones, y quedarse sin un céntimo para nada más; o, finalmente, puede comprarse un sencillo coche de un millón de pesetas y gastarse el otro millón en un viaje conociendo otros países y otras gentes, o en libros, discos, conciertos, clases de guitarra y cuotas a un club de deporte, y si le queda todavía algo de dinero, en tapas con sus amigos.

¿Qué es ser rico? El concepto de riqueza ha cambiado. Ser rico es poseer en mayor abundancia que los otros, aquello que todos desean. ¿Pero qué es lo que todos desean? Lo que todos más desean ha ido cambiando con el tiempo y por tanto el concepto de riqueza. Primero, el hombre rico era el que poseía poderes sobrenaturales: los hechiceros, los shamanes, los sacerdotes, luego la riqueza y el prestigio se puso en la fuerza para la caza y la guerra, en Grecia el rico era el filósofo, más tarde la riqueza se puso en la posesión de títulos nobiliarios, luego fue la posesión de las tierras lo que hacía a un hombre rico, y sólo muy recientemente la riqueza se ha puesto en la posesión de dinero en todas sus formas. Pero quizás hemos de empezar a pensar que el verdaderamente rico es el que posee más libertad, más independencia, más ocio, aunque tenga menos dinero.

Al identificar hoy la riqueza con la posesión de dinero y la capacidad de comprar la identificamos con la dependencia, mientras que quizás la verdadera riqueza esté en la no dependencia de otros. Un autor contemporáneo en un libro titulado *La sana alternativa*<sup>42</sup> ve como más rico al hombre que puede ir a trabajar en bicicleta y no necesita ni transporte público, ni coche, ni gasolina; el hombre rico es el que tiene un pequeño terreno del que saca lo suficiente para cubrir sus necesidades, sin depender de otros para cubrirlas. El hombre rico es el que se mantiene independiente frente a la publicidad que lo bombardea de todos lados. La libertad, la independencia, la paz, la tranquilidad, el ocio en todas sus manifestaciones son signos de riqueza y aspectos fundamentales del bien vivir. «Existe un bienestar, una riqueza, que proviene de una vida plena, con posibilidad de acceso a la cultura, a los deportes, al recreo, a los amigos, a la comunidad, con la oportunidad de compartir actividades, para contribuir en la misma medida en que se es receptor, para poder dar y obtener sin la complicación del dinero. La inter-dependencia, en otras palabras, es tan importante para muchas gentes como lo es la in-depen-

dencia»<sup>43</sup>. El hombre rico no es el que puede cubrir todas sus necesidades, sino el que tiene sólo aquellas necesidades que puede cubrir.

Pero todo esto supone una verdadera revolución cultural que cree una actitud espiritual que valore de manera consciente la falta de dependencia y que considere el ocio como algo preferible a la acumulación de dinero.

Hay que rechazar el falso mito, hoy muy prevalente, de la autorealización personal en el trabajo, entendiendo por trabajo el trabajo retribuido, como única forma de autorealización. Por el contrario, el hombre no puede autorealizarse en su plenitud sólo trabajando: necesita también jugar, y reír y hacer el amor, y necesita alguna vez estar solo y escuchar música, y leer y pensar. Triste es el hombre que cuando no trabaja no sabe qué hacer, habiendo tantas cosas maravillosas por hacer, ver y experimentar. Aristóteles cuenta que los lacedemonios «fueron fuertes y se mantuvieron bien mientras hicieron la guerra pero se arruinaron al alcanzar el poder, porque no supieron emplear el ocio que trajo consigo la paz»<sup>44</sup>. Los pobres desgraciados —dice Aristóteles— no habían aprendido otra disciplina que el arte de guerrear. Cuántos de nuestros pobres conciudadanos son fuertes y felices mientras trabajan por un salario, pero el momento que paran de trabajar, por ejemplo por la jubilación, se vienen abajo, porque no saben qué hacer, no han aprendido nada más que el arte de trabajar, no han sido educados para el ocio. No han trabajado para vivir sino que han vivido para trabajar, y una vez les ha faltado el trabajo la vida ha perdido todo su sentido.

En la nueva sociedad hay que trabajar menos para tener más ocio y para que más personas puedan trabajar. Los objetivos por los que se propone luchar la Confederación Europea de Sindicatos son: la semana laboral de 4 días y 35 horas, la prolongación de las vacaciones anuales pagadas a seis semanas, la eliminación de las horas extraordinarias, o su compensación en forma de descansos retribuidos y la extensión de las licencias pagadas de formación y reconversión profesionales. Se pide, así mismo, la creación de un quinto turno para el trabajo sin interrupción. Otros autores hablan de la necesidad de la media jornada, el puesto de trabajo compartido, el año sabático obligatorio, la prohibición absoluta o el fuerte gravamen fiscal para el pluriempleo (no solo individual sino también familiar).

Los objetivos perseguidos por la reducción de la jornada laboral son de varios órdenes: mejoramiento de las posibilidades de descanso y de esparcimiento, con todas las consecuencias favorables que de ello se pueden derivar para la salud física y mental, la satisfacción personal y el bienestar de los trabajadores, incluso en su trabajo; aumento del tiempo libre, con el consiguiente fomento de la participación de los trabajadores en la vida familiar, en las actividades recreativas, educativas, culturales y sindicales y en la vida social de una manera general; participación de los trabajadores en los frutos del progreso

43. HANDY (1986), p. 172.

44. ARISTÓTELES. *Política*, p. 1271b.

técnico y económico; y, con variaciones, contribución a la eliminación del desempleo. La OIT reconoce desde hace mucho tiempo que la reducción de la duración del trabajo es un factor de progreso social y la reducción paulatina de la duración del trabajo debería continuar siendo considerada como un objetivo relevante de las políticas nacionales.

## 6. Educar para el ocio

Pero, ¿qué hacer cuando no trabajamos? En una encuesta a varios miles de jubilados en Europa se les preguntó qué pensaban hacer con su tiempo libre y sus respuestas fueron:

- Descansar y hacer lo que me da la gana
- Quedarme en casa con la familia
- Dedicarme a mis hobbies
- Pasármelo bien viajando
- Dedicarme a comités y asociaciones
- Hacer trabajo voluntario
- Seguir estudiando
- Hacer pequeños trabajos en casa para ahorrar gastos
- Participar en la Administración municipal y en la vida social

Pero también había algunos que decían: buscaré otro trabajo. Los pobres no sabían hacer otra cosa que trabajar. No estaban educados para el ocio.

Trabajando menos se entrará de lleno en una nueva cultura, la cultura del ocio, que es el verdadero problema de nuestro tiempo. ¿Cómo educar a una sociedad entera para una cultura del ocio? ¿Cómo disfrutar del ocio todos los ciudadanos, no solo los ricos, dejando el papel de esclavos a las máquinas? La educación es quizás el punto estratégico fundamental de la transición a la civilización del ocio.

Nuestras escuelas y universidades enseñan y preparan para el negocio pero pocas educan para el ocio. Enseñamos cosas prácticas, a resolver casos concretos, a buscar soluciones a problemas inmediatos, y nos olvidamos de lo que decía el viejo Aristóteles, quizás más joven en sus ideas que muchos de nosotros. El filósofo escribe: «Está claro que hay cierta educación que debe darse a los hijos, no por ser útil ni necesaria, sino por ser liberal y hermosa [...] Así pues, deben aprenderse y formar parte de la educación algunas cosas orientadas a ocupar el ocio en la diversión, y que estas enseñanzas y esos conocimientos tienen en sí mismos su finalidad; mientras que las referentes al trabajo hay que considerarlas necesarias y en virtud de otros beneficios». Y termina diciendo que «el buscar en todo la utilidad conviene muy poco a las personas magnánimas y libres»<sup>45</sup>.

45. ARISTÓTELES. *Política*, p. 1338a y b.

Para esta educación para el ocio nuestro sistema educativo no sirve para nada, nuestro sistema educativo está encorsetado con cursos, carreras, horarios, textos, programas oficiales, etc. En la educación para el ocio tendremos que poner patas arriba todo este sistema esclerótico. Tendremos que buscar nuevos objetivos, nuevos cursos, nuevas escuelas, nuevos estudiantes, nuevos textos, nuevos métodos pedagógicos.

*Nuevos objetivos.* Estudiar no para el trabajo sino para la vida. Hemos convertido la universidad en meros centros de formación profesional y hay que volver a hacerlas verdaderas escuelas, es decir, lugares de ocio, de tranquilidad, de pensamiento e investigación.

*Nuevos contenidos.* Hemos de enseñar cosas «inútiles», simplemente, porque son bonitas, además de enseñar nuevas técnicas para producir y ganar dinero. Hemos de enseñar el ocio además del negocio.

*Nuevas escuelas.* Los centros de enseñanza no tienen porque ser únicamente las aulas. El hogar, el club y la asociación de vecinos son lugares magníficos para educar para el ocio.

*Nuevos maestros.* Hemos de valorar menos los títulos y más los conocimientos y todavía más los valores, pues no basta *informar*; hay también que *formar* al alumnado.

*Nuevos estudiantes.* Hay que romper la dicotomía de una edad para estudiar y una edad para trabajar. El estudio ha de ser una ocupación permanente para todas las personas de todas las edades, pues la búsqueda de la verdad es la perfecta actividad ociosa.

*Nuevos horarios.* En el futuro no deberían ser los estudiantes los que se adapten a los horarios de los centros docentes, sino los centros docentes los que se adapten a las necesidades de los que quieran estudiar.

*Nuevos métodos.* El método de casos, hoy tan de moda, es bueno, pero la mera casuística no forma el pensamiento. Hacen falta ideas. Cualquier método pedagógico que se utilice ha de servir, en último término, para despertar la curiosidad y desarrollar el espíritu crítico.

*Nuevos textos.* Los periódicos, si se saben leer críticamente, pueden ser un magnífico libro de texto para la formación permanente en el ocio. Y lo mismo puede decirse de la televisión, el vídeo y el ordenador personal.

Se aprenderá a *hacer* más que a *ver como hacen* los otros. Se aprenderá a jugar a tenis o a dominó y no sólo a ver como juegan los otros, a pintar y tocar un instrumento de música y no sólo a admirar las pinturas de otros o deleitarse con la música de otros. Se aprenderá a *pensar* por uno mismo más que a *aceptar lo que los otros piensan*, como en el hoy tan famoso libro de *El Mundo de Sofía*<sup>46</sup>, en el que la niña de catorce años se maravilla porque ha empezado a pensar por sí misma para poder contestar a las preguntas que le pone el desconocido filósofo.

La educación para el ocio tiene como único objetivo volver a desarrollar nuestra capacidad de asombro, nuestra fascinación por el misterio. «Lo más bello que podemos experimentar —dijo una vez Albert Einstein— es lo misterioso. Tal es el sentimiento básico que está en la cuna del verdadero arte y de la verdadera ciencia. Quien no lo conoce y no es ya capaz de admirarse, de asombrarse es como un muerto y sus ojos se han apagado»<sup>47</sup>. Durante cuatro, cinco o seis largos y penosos años se enseña en la universidad a hacer negocio. Está bien, que se aplique lo aprendido, que se negocie. Pero que se negocie no como un fin en sí mismo, sino como un medio para poder disfrutar del ocio. Que se negocie con este triple objetivo: *a)* crear suficiente riqueza para que todos puedan disfrutar del ocio, *b)* crear más puestos de trabajo para que todos tengan los medios necesarios para disfrutar del ocio, *c)* crear más máquinas para que todos los hombres puedan reducir sus horas de trabajo y aumentar sus horas de ocio.

Si se hace esto más y más mujeres y hombres podrán escuchar las palabras con que Platón termina su tratado sobre la República: «si os atenéis a lo que os he dicho y creéis que el alma es inmortal y capaz de sostener todos los males y todos los bienes, iremos siempre por el camino de lo alto y practicaremos de todas formas la justicia, juntamente con la inteligencia, para que así seamos amigos de nosotros mismos y de los dioses, tanto durante nuestra permanencia aquí como cuando hayamos recibido, a la manera de los vencedores que los van recogiendo en los juegos, los galardones de aquellas virtudes; y acá, y también en el viaje de mil años que hemos descrito, seamos felices».

## Bibliografía

- ANDERSON, Nels (1975). *Sociología del ocio y del trabajo*. Madrid: Edersa.
- ARISTÓTELES (1988). *Ética Eudemia*. Madrid: Alhambra.
- (1990). *Metafísica*. Madrid: Austral.
- (1991). *Política*. Madrid: Alianza Editorial.
- AZNAR, Guy (1994). *Trabajar menos para trabajar todos*. Madrid: HOAC.
- BOYER, R. (dir.). (1986). *La flexibilidad del trabajo en Europa*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- CABET, Etienne (1985). *Viaje por Icaria*. Barcelona: Orbis.
- CRUZ, Juan de la (1993). *Obras Completas* «Cántico Espiritual». Barcelona: BAC, p. 132.
- CUVILLIER, Rolande (1982). *¿Hacia la reducción de la duración del trabajo?* Ginebra: OIT.
- ECCO, U. (1988). *El nombre de la rosa*. Barcelona: Lumen.
- GAARDER, Jostein (1995). *El mundo de Sofía*. Madrid: Siruela.
- GONZÁLEZ MATAS, E. (1994). *Utopías sociales contemporáneas*. Málaga: Algazara.
- GRAZIA, Sebastián de (1966). *Tiempo, trabajo y ocio*. Madrid: Tecnos.
- HANDY, Charles (1986). *El futuro del trabajo humano*. Barcelona: Ariel.

47. Citado en Thiele (1994), p. 137.

- IRIBARREN, J.; GUTIÉRREZ, T.L. (eds.) (1986). *9 grandes mensajes* Madrid: BAC.
- JALLADE, Jean-Pierre (dir.) (1985). *Europa a tiempo parcial*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- LAFARGUE, Paul (1988). *El derecho a la pereza*. Madrid: Fundamentos.
- MARCUSE, H. (1968). *El hombre unidimensional*. Barcelona: Orbis.
- MORE, Thomas (1985). *Utopía*. Barcelona: Orbis.
- OFFE, Claus (1994). *La sociedad del trabajo*. Madrid: Alianza Editorial.
- PLATÓN (1992). *La República*. Madrid: Alianza Editorial.
- RACIONERO, Luis (1983). *Del paro al ocio*. Barcelona: Anagrama.
- ROBERTSON, J. (1983). *The Sane Alternative*. Ironbridge: Rev. James Robertson.
- SAFARTI, Edva; KOBRIN, Catherine (1987). *La flexibilidad del mercado de trabajo: una selección de criterios y experiencias* Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- SEGURA, J. y otros (1991). *Análisis de la contratación temporal en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- SÉNECA (1991). *Diálogos «Sobre la felicidad», «Sobre el ocio»*. Madrid: Alianza Editorial.
- SOMBART, Werner (1982). «El Burgués». Madrid: Alianza Universidad.
- TAWNEY, R.H. (1950). *Religion and the Rise of Capitalism*. Nueva York.
- THIELE, Johannes (1994). *Una tierra para el placer de vivir*. Barcelona: Herder.
- VEBLEN, Thorstein (1953). *The Theory of the Leisure Class*. Nueva York: The New York American Library.
- WATTS, T. (1983). *Education, Unemployment and the Future of Work*. Open University. Milton Keynes.
- WEBER, Max (1979). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península.